

¡BIEN VENIDO SEA!

(DE "LA REVISTA.")

Singular maravilla la de las comunicaciones modernas!— Morse ha hecho hablar á las palancas y el telégrafo ha avasado todos los signos del universal lenguaje. Si el telescopio acerca á nuestra vista los lejanos astros, que se pierden en el negro océano de la noche; el telégrafo acerca á nuestro oído la palabra de los seres queridos, aunque se hallen éstos á distancias inmensas de nosotros, así sea al travez de elevadísimas montañas, á millares de leguas; así más allá de los extensos y dilatados mares, que son como los gigantes espejos de nuestro planeta.

El sonido de una de esas palancas, con que la creadora facultad de los inventos humanos une los más apartados pueblos en comunicacion íntima, despierta la pública alegría de esta ciudad transmitiendo con sus misteriosos golpes, que quirúrgica operación, coronada de feliz éxito había vuelto la luz á la antes apagada pupila del Dr. Gonzalez.

Esta pública alegría, este general regocijo, reconocen por causa extraordinarias simpatías, que el tiempo ha transformado en particularísima adhesión entre las clases todas de esta sociedad á la respetable personalidad de Gonzalez. Y ya que el arribo de su persona ocupa la general atención, le perfilaremos aunque sea con los grandes y toscos rasgos de nuestra pluma.

Gonzalez ha sintetizado con sus individuales cualidades la personificación del médico, en su acepción más alta de caridad cristiana. Una irresistible vocación le llevó á los libros para inquirir la doctrina de otros hombres y cultivar en teoría su ideal inclinación á la ciencia de Hipócrates. Otra vocación semejante, la de servir á la humanidad que enferma el dolor ó que dañada materia infecciosa, le hizo tener un vasto campo de aplicaciones prácticas, en que sus ideales se transformaban, corporizándose, digamos así, en hechos clínicos. Su acierto sosteniéndose por millares de casos de esta naturaleza, el médico que se iba formando, por propia fuerza y propia inspiración, comenzó á dar á la ciencia y á la Moral Médica, desde las flores de su juvenil imaginación, hasta los maduros frutos de su anciano cerebro.

Sus labores profesionales con su incesante progreso, multiplicaban su particular aplicación; todos sus desvelos recibían merecida recompensa en la pública predilección con que se le distinguía.

En el hogar del pobre que lanzara tristes ayes de dolor; en el salón de aristocrática familia que lamentara los peligros en que estuviese alguno de sus miembros; en el taller del incansable obrero; en todo lugar, en que la doliente humanidad necesitaba del auxilio del médico, con aquella solicitud que le caracteriza, con aquella bondad, hija de la paz de su espíritu y de la nobleza de su corazón, allí se le miraba como cumpliendo apostólica misión sobre la tierra.

Nadie podrá alegrarle á Gonzalez un título que como el suyo, más honre y enaltezca más. Nosotros somos Médicos porque así lo reza nuestro oficial diploma; pero él, sin estos oficiales timbres, tendría título en una sociedad que con ese honroso título lo aclama. Inspirado en sus triunfos, alentado por su posición, que á fuerza de talento se formara, sostenido en sus altos propósitos por su influencia sobre los Supremos Poderes del Estado, Gonzalez concentra todas las fuerzas de su espíritu, se rodea de personas de

buen voluntad para que le ayuden, y crea la Facultad Médica de esta Ciudad.

Más en qué circunstancias su genio creador desarrolló proyecto tan grande, proyecto tan sublime! Extrangera guerra ocupaba de lleno la atención del Estado; el tesoro de éste sufría con ella quebrantos inesperados; para la energía de esa concepción que preparaba al Estado y á la Ciencia, gloria y grandísimo provecho arrebató los ánimos de los que buenos y leales mexicanos, daban á la gloria de su patria y á la de la Ciencia, á una, el contingente de su sangre, á la otra, el contingente de su espíritu. Varias son las generaciones de estudiantes que pueblan, médicos formados ya, los tres Estados de Tamaulipas, Coahuila y Nuevo-León.

El presupuesto, aterrador fantasma de los que necesitan al *Júpiter Dinero* para sostener en el tiempo y en el espacio el desarrollo de capitalísimos problemas, no fué un obstáculo; la ciencia en nuestra patria, dirémoslo con orgullo, tiene entre sus hijos apostólicos adeptos.

Quedó erigida la Cátedra en que debiera formarse, amoldándola á los serios principios de la Ciencia, la futura generación de estudiantes. La palabra del Profesor tenía en sus oyentes, mundo en que vogar como esa singular semilla á la que la Naturaleza dá en sus filamentos de seda, alas que ha de mover el aire para fijarla en remotas y variadas tierras. Pero faltaba el material teatro, en que la punta del escarpelo, cobra, digamos así, el hilo de Ariadna, para llevar á la humana inteligencia hasta el centro de ese laberinto que forman los misterios de nuestra propia vida, los misterios de nuestro organismo... faltaba para los principios de la ciencia teórica, la clínica, teatro para las aplicaciones teórico-patológicas; y la anatomía, teatro de las problemáticas inquisiciones con que se engrandece la ciencia. Todo esto fué creado, en concepciones, en el espíritu de Gonzalez; todo desarrollado, en la práctica por su incansable espíritu. Ayudado de evangélico ministro del P. Garza Cantú, se procuraron particularmente óbolos tantos, que el Hospital, que era un quimérico proyecto, llegó á ser valiosísima realidad.

Consagróse de lleno al profesorado; con afán inaudito, hace resonar su palabra en la cátedra de Medicina, en la cátedra de Historia, en la cátedra de Literatura.—Parece que su genio dormía

con sus latentes facultades y que, ciertas circunstancias cumplidas, habian despertado maes ro al que no habia sido discípulo en la materia que enseñaba.

Cuando Gonzalez dejaba las fronteras de su patria dejó en suspenso el ánimo de todo un pueblo, que entre temores y esperanzas sentia latir su corazon. El se iba á colocar en arriesgadísima circunstancia; una operacion desgraciada le habia hecho perder para siempre uno de sus ojos, y, resuelto, repedia á la ciencia oculística en extranjera tierra le concediera sus gracias y favores. Pidió luz para su pupila y la luz le fué dada; cesaron las sombras que encarcelaban la luz de su espíritu, y que atenaceaban su corazon con dolor intensísimo. Y ha sido este acontecimiento, notable por mil títulos, el que ha hecho tornar al Estado su benemérito hij ; á la juventud, su nobilísimo mentor; y á la humanidad doliente, su protector incansable.

El pueblo por espontáneos impulsos llena los afueras de la ciudad, sus calles y sus plazas, para recibir á uno de sus grandes y pacíficos ciudadanos. Su alegría no es aquella feroz alegría que enzalce á los que se exaltan sobre los demás, sin más méritos que el de ser afortunados mutadores de sus semejantes. Tampoco aquella alegría que anima los mímicos gestos de la adulacion; Gonzalez no se recibe ni como á político militar, ni como á político diplomático; es él, únicamente el médico de un pueblo á quien el mismo pueblo muestra con su júbilo, sincero y profundo sentimiento de gratitud.

¡Feliz mil veces el pueblo que tiene en su seno hijos que le procuran orgullosa satisfaccion por sus virtudes. Más feliz, mil veces tambien, el hombre que, identificado con su pueblo, le merece todas sus respetuosas simpatías!.....

¡Bien venido sea!.....!

J. MARTINEZ ANCIRA.

I.

El regreso del Doctor Gonzalez.

Jamas habíamos sentido nuestra posicion de cronistas tan difícil para nuestra débil pluma. Al vuelo hemos recogido algunos datos á la manera con que lo hacen todos los *reporters*; pero nosotros no hemos podido tener para relatar el regrese del Dr. Gonzalez, esa frialdad habitual del que recoge datos y noticias sobre cosas ó personas, sin interesarse en ello más que la exigencia de una obligacion. Para nosotros, que hemos sido testigos oculares de lo que ha pasado al Dr. Gonzalez en su regreso á México, por actos inconscientes de nuestra voluntad, trasmitimos á nuestra pluma el tierno calor de las íntimas emociones que experimentara nuestro corazon en aquellos momentos.

El miércoles último, hallábase reunida muy temprano, en la margen derecha del Bravo, en Nuevo Laredo, la numerosa comitiva el dia anterior salida de esta capital para ir á llevar las felicitaciones de todas las clases sociales de Monterey al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, al momento de volver á pisar el suelo patrio y para acompañarle hasta esta ciudad, donde se le preparaba la más espontánea y la más cordial ovacion.

*
*
*

Parecia que la naturaleza preparaba tambien sus galas, celebrando el feliz regreso del ilustre Mexicano que volvia á su patria.